

“Estudiar a José Martí me ha marcado para toda la vida”: de las conversaciones con Hebert Pérez Concepción

"Studying José Martí has marked me for life": talks with Hebert Pérez Concepción

Dr. C. Giovanni Villalón-García, Dr. C. Israel Escalona-Chadez, iescalon@uo.edu.cu

Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba

Resumen

Hebert Pérez Concepción es uno de los más acuciosos estudiosos de la vida y obra de José Martí, profesor e investigador titular del Centro de Estudios Sociales Cubanos y Caribeños “José Antonio Portuondo” de la Facultad de Ciencias Sociales. Realizó estudios universitarios en los Estados Unidos, donde se graduó de Bachelor of Arts, History en la Duke University, Carolina del Norte en 1963. Desde ese mismo año comenzó su trayectoria profesoral en la Universidad de Oriente, al incorporarse a la Escuela de Historia. Ha sobresalido su desempeño por la constante labor promocional martiana, desde los años en que presidía la Cátedra Martiana de la Universidad de Oriente e integraba la Junta Directiva de la Sociedad Cultural José Martí en Santiago de Cuba.

Palabras clave: Hebert Pérez Concepción, Premio Nacional de Historia, José Martí.

Abstract

Hebert Pérez Concepción is one of the most diligent scholars of the life and work of José Martí, professor and principal investigator of the Center for Cuban and Caribbean Social Studies "José Antonio Portuondo" of the Faculty of Social Sciences. He completed university studies in the United States, where he graduated from Bachelor of Arts, History at Duke University, North Carolina in 1963. From that same year began his teaching career at the University of Oriente, to join the School of History. His performance has stood out due to Martí's constant promotional work, since the years in which he presided over the Martiana Chair of the Universidad de Oriente and he was member of the Board of Directors of the José Martí Cultural Society in Santiago de Cuba.

Key words: Hebert Pérez Concepción, National History Award, José Martí.

Introducción

El pasado 29 de noviembre de 2017 el Jurado constituido por la Unión de Historiadores de Cuba y presidido por la Dra. Mildred de la Torre Molina, concedió el Premio Nacional de Historia al Doctor en Ciencias Históricas Hebert Pérez Concepción (Mir, Holguín, 1941).

El profesor e investigador titular del Centro de Estudios Sociales Cubanos y Caribeños “José Antonio Portuondo” de la Facultad de Ciencias Sociales, realizó estudios universitarios en los Estados Unidos, donde se graduó de Bachelor of Arts, History en la Duke University, Carolina del Norte en 1963. Desde ese mismo año comenzó su trayectoria profesoral en la Universidad de Oriente, al incorporarse a la Escuela de Historia, poco tiempo después de su apertura, y se ha mantenido en su claustro hasta nuestros días, lo que desarrolla conjuntamente con una intensa actividad en la enseñanza posgraduada en las maestrías en Estudios Cubanos y del Caribe, de la que fue coordinador del Comité Académico, y Ciencias Sociales y Pensamiento martiano.

Pérez Concepción es uno de los más acuciosos estudiosos de la vida y obra de José Martí, lo que ha sido confirmado por sus numerosas publicaciones. Como se ha señalado:

(..) La sistematización de la obra investigativa de Hebert Pérez sobre aspectos de la vida y obra de José Martí debe atender a tres aristas principales: a) el análisis de la visión martiana sobre diversos asuntos de la historia y realidad de los Estados Unidos y su trascendencia, b) El tratamiento monográfico a otros temas de la vasta creación martiana sobre asuntos históricos, económicos, políticos, sociales y culturales, y c) El ejercicio crítico sobre la producción en torno al Maestro, desarrollada en prólogos, reseñas y presentaciones de libros. (Escalona y Pérez, 2017: xxx).

Del primer asunto ocupa un lugar fundamental su tesis doctoral *José Martí y la práctica política norteamericana (1881–1889)*. Al explicar sus propósitos develó:

(...) además del análisis de los textos martianos sobre Estados Unidos y su comparación en diferentes momentos, una contraposición entre los escritos y el contexto histórico (estudiado en la bibliografía norteamericana principalmente), aun cuando este último, por razones de espacio y unidad narrativa, pocas veces se recoja en el texto del trabajo (Pérez, 1995, 14).

El tratamiento monográfico a diversos aspectos de la visión martiana sobre los Estados Unidos y a otros temas aparece en los numerosos artículos insertados en diversas publicaciones y en el libro, recientemente publicado, *Sobre los Estados Unidos y otros temas martianos*, del que sentencia: “Más que pretensiones académicas, el interés en la divulgación de algunos aspectos del patrimonio martiano, particularmente con la percepción de la realidad norteamericana, nos mueve a la publicación de este texto.” (Pérez, 2015: 11).

Del ejercicio crítico sobre la producción en torno al Maestro deja testimonio en cuantiosos prólogos, reseñas y presentaciones. Igualmente ha sobresalido su desempeño por la constante labor promocional martiana, desde los años en que presidía la Cátedra Martiana de la Universidad de Oriente e integraba la Junta Directiva de la Sociedad Cultural José Martí en Santiago de Cuba.

Desarrollo

Hebert Pérez es un intelectual que ha dedicado la mayor parte de vida a la enseñanza universitaria. Su conversación es pausada y muy meditada. Cada aserto lo acompaña con argumentaciones y reflexiones, siempre da la impresión de que, al decir algo, no sólo lo piensa detenidamente, sino que de él se esperan nuevas ideas.

A tenor del anuncio de que es merecedor del Premio Nacional de Historia los autores realizan un diálogo muy personalizado del cual se presentan las ideas principales a continuación, que permiten adentrarnos en su aspectos de su vida y reflexiones que conforman una personalidad relevante de las historia y la cultura cubanas.

En el escrito “José Martí, patrimonio de la nación”, que le sirve de prólogo a su libro Sobre los Estados Unidos y otros temas martianos, ha relatado sus vínculos más lejanos con la obra del Maestro y sus primeras incursiones profesionales sobre el asunto. Nos gustaría precisara cómo llega a la obra y pensamiento martianos y cómo ha calado en su visión humanista

Yo estudié en Estados Unidos, Allí hice el *High School* (estudios secundarios) y la universidad, y no era un medio en que se conociera a Martí, Vale recordar aquello de que los descendientes honran o le dan fama a sus antecesores. En nuestro caso es la Revolución la que más ha hecho se conozca a Martí fuera de Cuba. En Estados Unidos a veces se mencionaba a Martí y ninguno de los estudiantes había oído hablar de él, y yo, medio molesto, de una manera más bien ingenua, tonta, les decía: “Bueno, yo tampoco conozco quien es Jorge Washington”-

Yo llegué a la Universidad de Oriente sin saber realmente quien era Martí. Aunque uno no era totalmente ignorante porque en Cuba, en cualquier lugar, había un sustrato social de conocimiento, que estaba en el aire. En mi pueblo, en Mir, que era un pueblo de campo pequeño, en el centenario del nacimiento de Martí hubo una celebración apoteósica, que reunió todas las escuelas, vale decir, la escolita pública única, multigrado, con 20 ó 30 alumnos, y los de los maestros particulares que daban clases en sus casas, y las de pueblos o caseríos aledaños, Esa gran celebración del centenario de Martí la promovió la logia masónica de allí, que por cierto se llamaba “Discípulos de Martí”. Recuerdo haber asistido a veladas sobre Martí en otros pueblos, como en Barajagua y Cueto, de donde era la familia de mi madre. Es decir, Martí estaba por dondequiera. Cuando el centenario yo tenía 12 años y hasta tuve una participación en la velada de mi pueblo porque mi papá comprometió a una persona, que además de ser uno de los borrachos del pueblo, era una persona con bastante instrucción, (un fenómeno que se daba bastante, de gente cuyas vidas se frustraron) para que me escribiera un discursito y lo dijera luego en la velada en el club social, que se llenó de muchachos, maestros, el pueblo.

Cuando regresé de Estados Unidos yo no sabía nada de Martí. Tampoco las asignaturas que tuve que impartir al principio en la Universidad tenían que ver con Martí. Pero después cuando empecé a dar la asignatura historia de los Estados Unidos me percaté de que Martí había escrito mucho sobre ese país. Incluso, en unos cursos nocturnos donde tenía alumnos con preparación y madurez, me hablaron sobre Martí y Estados Unidos y que yo haría bien en fijarme en eso. Y me puse a leer las *Escenas Norteamericanas* y eso me agarró, me prendió; descubrí un mundo extraordinario. Me puse a leerlas para darle un poco más de vida a mis clases. Recuerdo que para entonces alguien de alguna institución me pidió una conferencia sobre Martí, y yo no creía que yo podía hacer eso, y hasta fui a ver un amigo que, por cierto fue alumno mío, Joel James, y le dije: “Joel, ¿tú no quieres dar una conferencia sobre Martí?; “¿Y por qué tú no lo haces, muchacho?, me dijo. Y yo le dije, “Es verdad, ¿por qué yo no lo hago?”. Y empecé a dar conferencias y parece que empezaron a tener algún éxito y me las pedían en muchas lugares.

Después, los estudios aquí en Santiago se han enriquecido bastante, han aparecido más gente que estudiaban a Martí. Después tuve el gusto de coincidir con Israel Escalona en algunas presentaciones, y ya las cosas empezaron a cambiar. Pero al principio no era así. A mí me llamaba mucho la atención que teníamos un Departamento de Filosofía grande, con 30 o 40 profesores, y con la excepción de Tony Escalona, nadie se interesara por el tema de Martí. Eso fue cambiando, pero al principio yo te diría que había un poco de

resistencia, tal vez la creencia, muy común en la época, de que cuando tú sabes marxismo-leninismo, ya tenías la llave de todo el conocimiento.

En lo fundamental, lo que yo me leía de Martí eran las “Escenas Norteamericanas”, eso me atrapó realmente. A través de la escena yo voy conociendo a Martí, me voy dando cuenta del antiimperialismo martiano, el humanismo, el patriotismo martiano. Eso me fue conduciendo a otros textos y puedo comprender mejor las Escenas. Por ejemplo, la lectura de las cartas al mexicano Manuel Mercado, porque hay referencia a lo que Martí hace en Nueva York, y me doy cuenta de que Martí investiga seriamente sobre lo que escribe. Martí le dice a Manuel Mercado de la cantidad de libros que está consultando, porque él realmente se estudiaba la sociedad norteamericana para escribir las crónicas con profundidad y con responsabilidad. Bueno, esa fue mi vía de entrada a los estudios martianos.

¿Has pensado en que quizás sea ilógico o resulte contradictorio que no se conociera a Martí por aquellos predios?

Mi Universidad no estaba en la Florida sino en Carolina del Norte, estado entonces con poca o ninguna inmigración cubana o latinoamericana. En los high schools donde estudié en la Florida (Jacksonville y Fort Pierce) no eran de regiones en que habitaran latinos, como en Miami, más al sur. En Jacksonville, que es una ciudad grande, llegué a conocer a dos o tres cubanos pero nunca los veía, no constituían una comunidad. Mucho menos en Fort Pierce que era un pueblo pequeño. Claro, en la Florida están Tampa y Cayo Hueso, con mucha población cubana y vinculada a Martí, pero me quedaban muy lejos y nunca los visité. En Miami y en el condado Dade es donde existían los mayores asentamientos de cubanos y de otros latinos. En años más recientes ha habido una tendencia al cambio, y se ha desbordado la inmigración latina hacia lugares donde antes no la había.

Cuando yo estudiaba en Carolina del Norte no se veía un mexicano, o un extranjero cualquiera, excepto los que estudiaban en la Universidad. Cuando volví de visita treinta años después, leyendo la prensa y viendo la televisión me percaté de que había toda una comunidad de mexicanos, obreros no calificados y trabajadores de servicio casi todos. Pero antes, cuando era estudiante, casi no había latinos. Si recuerdo bien, fue cuando estaba en el tercer año que llega un par de cubanos de clase alta. Uno era un hijo de Godoy (de los Bancos Godoy Sayán, y el otro de una familia de médicos famosos de La Habana. Recuerdo esto bien porque cuando mis hijos eran chiquitos se les daba unas gotas orales con el nombre Aballí. Yo he visto ese nombre grabado en uno de los edificios de la escuela

de medicina de la Universidad de La Habana. Fueron de los que abandonaron temprano Cuba después del triunfo de la Revolución. Como yo me movía mucho entre los estudiantes extranjeros: latinoamericanos (venezolanos, puertorriqueños, bolivianos, chilenos) y del Medio Oriente y Asia (pakistaníes, indios, etc., yo tenía una imagen de izquierda, de apoyo a la Revolución, y mi relación con esos cubanos duró muy poco. Recuerdo a Godoy como un muchacho más bien simpático, del tipo criollo, no muy interesado en los estudios, que no soportó el rigor de los estudios y se fue al terminar el primer año. Aballí era más serio y responsable. Obviamente era heredero de una fuerte tradición académica y cultural, y al contrario de Godoy, que se las daba de populachero, Aballí rezumía aristocracia por los poros. Recién nos conocimos, Godoy quiso atraerme porque no entendía que yo pudiera defender la Revolución cubana, y una vez me invitó a una cena. Fue la primera vez en mi vida que había estado en un restaurante de lujo, con vino y todas esas cosas que nunca había visto en una mesa, y tomé tanto vino mientras esperábamos los platos principales que yo no oía lo que me decía. Hablaba de que la Revolución cubana estaba interviniendo en muchos países de América Latina, de los papeles incriminatorios que se descubrieron cuando un avión cubano se cayó, de la sospechosa muerte de Camilo y de no sé cuantas cosas más que no recuerdo porque dejé de oírlo. Solo lo veía como un reflejo en esos espejos deformantes de los circos. Parece que no quedó conforme con el resultado de su misión política porque tiempo después me enteré de que había ido a ver al decano a denunciarme por comunista. En cuanto a Aballí un día que me encontró mal vestido y despreocupado por esas cosas de etiqueta, me miró de arriba abajo con desprecio y dijo: “Eso es lo que yo no soporto de los comunistas.” En fin, tuve muy pocas relaciones con cubanos en Estados Unidos. Cuando en las vacaciones iba a La Florida a casa de mi familia norteamericana, nunca llegaba a Miami, salvo cuando fui al aeropuerto las dos veces que viajé a Cuba.

En su mirada amplia sobre nuestro Apóstol ha resaltado su condición de maestro ¿qué aspectos de la labor y pensamiento educativos usted destacaría?

Esta es una pregunta difícil porque Martí tiene tantas cosas que lo atraen a uno. Tal vez en el fondo lo que más uno quiere de Martí es su posición ética. A menudo uno la ve, la encuentra, simpatiza con ella y se enriquece con ella, pero no habla de ella a no ser que uno sea un especialista en ética, y yo no lo soy. Yo he estudiado a Martí para sacar otras lecciones que he compartido con otras personas, como su antiimperialismo, aunque no es el único tema que he trabajado. Creo que leyendo a Martí directamente se resuelven esas disputas, a veces tontas, de si Martí era o no pro norteamericano. Indudablemente Martí

era antiimperialista: no hay otra manera de interpretar los textos martianos, o su obra política. El que lea a Martí con seriedad se percata de eso. Ahora bien, yo tengo esa experiencia de mi formación académica en los Estados Unidos; y es más que una formación académica, pues también tuve un alto grado de interacción, eso que los lingüistas llaman *inmersión*, en la sociedad norteamericana, por encima de la media del extranjero que va a estudiar allí, porque yo vivía con una familia norteamericana, en comunidades norteamericanas. Y esa experiencia me permitió conocer el país desde dentro, y me plantea un problema -que yo nunca lo vi como un problema existencial sino que me lo planteaba como un problema científico. Es decir el antiimperialismo que yo no solo lo aprendí de Martí, y hay que dejar eso bien claro, sino también del medio en el que yo crecí en Cuba; de mis padres que sin ser militantes comunistas tenían un alto sentido de patriotismo, de la justicia; de las luchas de mi papá en el Partido Ortodoxo, de las que fui testigo; de lo que supe después cuando yo era más grandecito, de la lucha contra Machado, y contra la primera tiranía de Batista; y como, estando yo estudiando en Estados Unidos, él se alzó y fue un soldado más, un rebelde viejo, del segundo Frente Oriental. Hay ese sustrato que me viene de Cuba, y después se enriquece con lo que leo de Martí.

En fin, yo tengo esta otra experiencia que para mucha gente ha sido un problema insoluble, que no podía concebir que si tú eras revolucionario, si eras una persona educada en los Estados Unidos y que además no sientes odio contra los Estados Unidos, seas antiimperialista. Martí me ayuda a comprenderme a mí mismo mejor, a comprender que se puede ser antiimperialista, que puedes luchar por la justicia de tu país, puedes enfrentar la política norteamericana y al mismo tiempo no tener odio contra ese país. Esa es la posición de Martí. Recuerdo una conferencia que una vez di sobre Martí y la política en los Estados Unidos y al final me sentía satisfecho porque creía que lo había hecho bien, que había dicho todo lo que se necesitaba decir (pocas veces me pasa, realmente) y al terminar varias personas tomaron la palabra para abundar sobre el tema, entre ellos Luis Toledo Sande, que fue una de las personas de la que había aprendido mucho, y resumió las intervenciones diciendo que “Martí también era un revolucionario norteamericano”. Era exactamente lo que me faltaba decir y no se me había ocurrido. Martí escribió que “Patria es humanidad” y en esa definición también incluye a los Estados Unidos. Pero ahora no vamos a pedirle que descuide el trabajo con el Partido Revolucionario Cubano para pasar a dirigir un sindicato estadounidense, o una huelga, o se ponga a organizar a los negros o los indios o los Caballeros del Trabajo, porque a continuación aclara que es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y unas líneas antes había escrito

que “cada cual se ha de poner, en la obra del mundo, a lo que tiene más cerca; (...) porque el influjo del hombre se ejerce mejor, y más naturalmente, en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto”. Yo he conocido muchos norteamericanos que están imbuidos de ese espíritu martiano, sin saberlo las más de las veces. No sé si les he respondido la pregunta.

Quiero insistir sobre el aspecto ético, al que me referí al inicio de la respuesta. Es un tema al que le he estado prestando un poquito más de atención, aunque aún es insuficiente. Desde las guerras de independencia a principios del siglo XIX, y descontando la Revolución haitiana, en Cuba tal vez se ha producido la revolución más profunda y radical de América. En ese tiempo se han visto retrocesos en los procesos de transformación, y creo que en todos los casos se había descuidado el aspecto ético. Se piensa que basta con “ser políticamente correcto”. Pero ser políticamente correcto sin las virtudes éticas es ser solo un soldado. Hacen falta los soldados, pero también los hombres y mujeres que son responsables de sus actos y ya eso entra en el reino de la ética. En esto el pensamiento y la conducta de Martí son ejemplares.

¿Cómo usted evalúa el tratamiento a la visión martiana sobre los Estados Unidos, teniendo en cuenta que hace más de veinte años que se dedica a estudiar estas relaciones?

Ustedes me ponen en un aprieto porque yo me metí en el tema de Martí sin la intención de hacer una gran obra. Al principio fue por las razones que apunté anteriormente, es decir tener un conocimiento sobre Martí que me ayudara a mejorar mi docencia sobre la historia de los Estados Unidos, y después se convierte en un proyecto de doctorado. Yo no solo estudiaba a Martí, siempre he tenido que estudiar otras cosas. En el Departamento de Historia a menudo tuve que impartir varias asignaturas a la vez, de modo que mi formación como investigador de la obra martiana ha sido a saltos. Muchas veces he tenido períodos largos en que los que me he apoyado en las cosas que había hecho en el pasado. Honestamente lo digo, yo no soy como una persona que trabaja en el Centro de Estudios Martianos u otros centros de investigación. No soy ese estudioso de la obra de Martí. No es una queja, porque para mí saltar como una abeja de flor en flor tiene sus encantos.

Sin embargo Hidalgo (2005, 11) considera que en los estudios sobre Martí con respecto a los Estados Unidos, la obra suya es un referente obligado y por otra parte, cuando se realizó uno de los tomos de la edición crítica de Martí, referido a los Estados Unidos, recurrieron a Hebert Pérez.

Tuve la suerte de dar con un método acertado para estudiar la obra de Martí, que no inventé yo ni soy el único que lo ha usado. Les diré, en primer lugar, que a Martí en los

Estados Unidos lo han estudiado mucha gente, y entre ellos los grandes martianos que me han servido de inspiración y guía, pero lo han hecho de manera parcial, fragmentada, sin agotar el tema. Yo creo que el tema que desarrollé en mi tesis de doctorado, *José Martí y la práctica política en Estados Unidos*, aunque tampoco agota el tema, tuvo un tratamiento más completo que los acostumbrados. Por ejemplo, una compañera de la Universidad de La Habana, la Dra. Ana Cairo, tiene un excelente artículo sobre Martí y la política en los Estados Unidos, pero no se emplea a fondo y se quedó en eso, un artículo, no lo siguió explotando, no le dio una extensión mayor. Eso es lo que pasa, en sentido general, con Martí y los Estados Unidos, y hay mucho por hacer todavía. El tema está casi virgen.

En cuanto a lo del método, me percaté desde el principio que muchos estudios –y no lo digo por criticar porque han sido pioneros, y tampoco tenían a mano las fuentes, el tiempo, o la intención- se apoyan en citas martianas, sin suficiente análisis de los contextos y de la evolución del contexto y del pensamiento. El propio Roig de Leuchsenring, a quien le debemos tanto por el camino que desbrozó, le ocurre. Yo me di cuenta de que para hacer algo nuevo, distinto, había que estudiar más a Martí en el contexto. Y si en alguna medida lo pude hacer fue por dos razones, una porque yo impartía la “Historia de los Estados Unidos” (Por cierto, como estudiante en la Universidad de Duke yo no asistí a cursos de historia de los Estados Unidos. Teníamos un sistema de cursos electivos en que cada alumno prácticamente hacía su propio plan de estudio, y a mí no me interesó la de Estados Unidos Fue una inmadurez mía, lo admito). La otra razón es que tuve la oportunidad de leerme la tesis de doctorado de Jean Lamore, que la trajo una compañera que había ido a Francia, un estudio del desarrollo del concepto “nuestra América en la obra de José Martí. Lo que hace Lamore es analizar cómo surge y se va enriqueciendo el concepto, de manera sincrónica y dialéctica con la experiencia vital y el contexto histórico cambiante en que se desarrolla Martí desde la niñez hasta la madurez, culminando en ese ensayo seminal “nuestra América. Entonces, por ahí me fui, por la imitación. Me ayudó mucho el conocimiento del idioma inglés (y también del francés), y no voy a desdeñar la ocasión para criticar el mal trabajo de nuestras escuelas en esta área, porque no se entiende que se estudie idioma desde la primaria hasta la universidad, y son muy pocos los que puedan realmente usarlo). Yo contextualizo y eso me permite llegar a algunas conclusiones que contradicen ideas que a veces se han expresado como, por ejemplo, de que Martí cuando llegó a Estados Unidos quedó deslumbrado por esa nación, y que al final es que se convierte en un crítico acérrimo. Y eso tiene sus errores. Martí cuando llega a los Estados

Unidos con sus 27 años tenía un grado de madurez extraordinario, y nosotros tenemos que repensar esas cosas de la juventud, porque cuando tú eres una persona con talento, y estás muy bien preparado, y eres estudioso y serio, y tienes motivación y experiencia, como Martí a los 27 años, eres un hombre maduro; y Martí era un hombre extraordinariamente maduro cuando llegó a los Estados Unidos, que no se dejaba engañar por las apariencias. Entonces él llega allí con una actitud crítica que es al mismo tiempo abierto, en que no deja de reconocer las cosas que son dignas de admiración y elogio, incluso de obligado estudio, para sacar experiencias positivas. Martí ve la evolución más en el sentido de que este es un país que tenía grandes instituciones y que se está produciendo un proceso de corrupción que lo va llevando a la pérdida de su condición ejemplar y a convertirse en una amenaza a la libertad de sus vecinos. Martí es crítico y elogioso a la vez, pero yo nunca, usaría la palabra esa de deslumbramiento para Martí. Algunos estudiosos ya lo apuntaban hace rato. José Antonio Portuondo y Phillip Foner.

Y a mí más bien me queda el sabor amargo de todo lo que pude hacer y no he hecho, que pude haberme dedicado con más tiempo y profundidad al tema, aprovechar esa metodología y llevar el estudio martiano sobre Estados Unidos a otro nivel, que hay muchas cosas que hacer todavía.

¿En qué medida el encuentro con el legado de Martí ha favorecido su condición de intelectual comprometido con su especialidad profesional y con su tiempo?

El que ha estudiado a Martí con seriedad queda marcado para toda la vida. A mi Martí me ayuda mucho porque me ayuda a comprender mejor mi época, a comprender los problemas que enfrenta una persona, a comprender la responsabilidad que uno tiene, y al final a no desesperarse por las piedras que uno se encuentre en el camino. Creo que debe ser una experiencia que les ocurre a otros. Si Martí, que se entregó tanto a los demás y a la patria y sufrió desengaños y bebió tantos tragos amargos, siguió adelante ¿qué derecho tengo yo para desesperarme con la obra revolucionaria de mi tiempo por mis pequeños conflictos en la vida? Yo creo que me ha ayudado a comprender mucho más, a ser un hombre más modesto. Aunque los hombres corrientes nunca nos podamos comparar con Martí, hay algo de esa savia de los grandes hombres que se trasmite a hombres de estatura menor. Y eso es lo que tal vez explique, en alguna medida, el heroísmo de los pueblos: se sienten influidos, imantados, por esas figuras grandes. Es lo que ocurre con Cuba, porque tenemos a Martí, pero no es el único y es un privilegio de este país. Y es una lástima que pueda haber en nuestro medio, personas que les cierran el oído al mensaje que nos dan nuestros héroes, o que no quieran pasar el trabajo de estudiarlos y conocerlos.

Hay una cosa que no me preguntan, pero creo que es importante. Y es que la lectura sistemática de Martí tiende a crear una cierta sensibilidad y un amor por la palabra. Yo no soy hombre de letras, y nunca pensé que lo iba ser-, pero me tomo mucho trabajo y tiempo cuando escribo de pura inconformidad con lo que hago. Sufro, como un masoquista, por que queden bien dichas las cosas. En algún lugar Martí escribió que la verdad quiere arte, y si yo no lo logro al menos disfruto el intento.

¿Cómo cree haber contribuido a la formación de los profesionales que ha formado en el complejo entramado de los últimos cincuenta años?

Es difícil determinar las consecuencias del trabajo de uno, y yo siempre estoy en guardia para no caer en el pecado de la la sobre valoración de uno mismo. Yo he hecho un esfuerzo por hacer mi trabajo bien, y eso ha significado, primero, que yo asimile lo que debo explicar a los estudiantes. De ahí que yo pase muchas horas estudiando, leyendo, comparando distintos textos. Nunca he rechazado a priori ningún texto porque me digan que el autor fue de los que han cometido un pecado o una falta grave, o por cualquier otra razón como el miedo a contaminarme o que puedan pensar mal de mí. Yo he entendido que, como profesor, debo hacer un trabajo de preparación profundo que sirva de soporte a mis convicciones y poderlas explicar razonablemente bien, y siempre sobre la base de una exposición en que prime la razón y no la imposición, no la autoridad, sino la razón. Yo me he preocupado por eso porque así crecí en mi hogar humilde con padres de poca instrucción y mucho entendimiento, por la suerte de los excelentes cursos de ciencia que recibí en el *High School* norteamericano, por la universidad liberal de ese mismo país donde estudié y la profesionalidad y preparación de su claustro, por el autoestudio para dominar el marxismo al regresar a una Cuba en Revolución, porque de Martí aprendí que la libertad de conciencia es la primera de las libertades, porque Fidel nos dijo “lee”, no “cree”.

Yo he tratado de ponerme a la altura de las oportunidades que he tenido. A veces algunos alumnos me sorprenden y me dicen que le gustaron mis clases porque yo los ponía a pensar. Si es así –¡y ya quisiera yo que fuera así!- esa sería mi mayor contribución. Esa es mi aspiración. Un profesor de historia no es un repetidor, un profesor de historia no enseña catecismo, un profesor de historia ayuda a que sus alumnos aprendan a pensar, a tener un pensamiento independiente de acuerdo a normas científicas y revolucionarias.

El Premio Nacional de Historia es un reconocimiento por parte de los historiadores. ¿Qué opinión le merece después de más de 50 años en la Escuela de Historia, el estado de la historiografía en Santiago de Cuba y en particular lo generado por la

Escuela de Historia? ¿Cómo aprecia ese reconocimiento de los historiadores cubanos?

El Premio en ningún momento lo estaba esperando. Me llegó como una sorpresa y por eso lo agradezco más, me honra más. Estos premios, en general, son el reconocimiento a una ciencia, en este caso a un conjunto de historiadores cubanos que tienen hecha una obra de gran significación, lo único que cada año se lo dan a una persona que representa a todo el gremio. Han tocado a mi puerta para que yo los represente y el honor me abruma porque tengo la mejor de las opiniones de los historiadores cubanos y de la historia que se está haciendo en Cuba, donde hay un grupo cada vez más numeroso de historiadores profesionales que serían el orgullo de cualquier país.

En Santiago de Cuba también ha aumentado el número de buenos historiadores, de historiadores que han hecho aportes, y, en muchos casos aportes valiosos. Creo que el premio, -que nos reconoce a todos,- debe animarnos a trabajar con más empeño aún. El que se dedica a la historia no lo hace por ventajas materiales, que son pocas. (Mejores oportunidades aparecen en el creciente sector privado de la economía). Los que de verdad se dedican a la historia lo hacen porque les gusta, porque le tienen amor, porque le buscan un significado a la vida de los pueblos, por superar el absurdo de la muerte. Mientras conservemos esas inquietudes habrá buenos historiadores en Oriente. Las raíces están ahí para alimentar a un árbol tan frondoso como lo queramos tener.

Así que me siento muy honrado en que represente a un cuerpo de profesionales que yo siempre he admirado. No lo digo ahora porque me hayan dado el premio. Siento que esto es algo que me honra en gran medida, me hace muy feliz y muy contento. Realmente no lo esperaba pero ha sido un momento en que me han “llovido” los reconocimientos de mis compañeros, mis alumnos, de la gente que me conoce, y eso se aprecia y el corazón ha resistido.

Conclusiones

- 1. El magisterio de Hebert Pérez Concepción se ha desarrollado en la Universidad de Oriente durante más de cincuenta años donde ha formado numerosas generaciones de historiadores y otros profesionales de las ciencias sociales y humanas.***
- 2. En la labor investigativa de Pérez Concepción sobresalen sus investigaciones sobre José Martí, y en especial los análisis en torno a los vínculos del Héroe***

Nacional Cubano con los Estados Unidos, país en el que radicó, casi ininterrumpidamente, durante una década.

3. *La experiencia vital, dada a su residencia en el país norteamericano, donde cursó estudios secundarios y universitarios, le permitieron a Hebert Pérez una particular percepción de la vida norteamericana, que pudo complementar y reinterpretar científicamente a partir de la lectura de las “Escenas norteamericanas” escritas por el Maestro.*
4. *El haber compartido con el colega Hebert Pérez durante muchos años de labor profesional y la vivencia de un diálogo enriquecedor, realizado para este trabajo, nos confirman sus amplias dotes intelectuales y los atributos que adornan su personalidad: sencillez, modestia, cortesía, asequibilidad, y profundo humanismo; y su cubanía y tenaz compromiso de sentimiento patrio.*

Referencias bibliográficas

1. Escalona, I. (2015). Los Estados Unidos y otros temas martianos en la exégesis de Hebert Pérez Concepción”. *Honda* (45), pp. 66-68.
2. Escalona, I.; Pérez, M. A. (2017). Hebert Pérez, el magisterio en la exégesis del universo martiano. *Maestro y Sociedad*, (Número especial 70 Aniversario de UO), 3 – 18
3. Hidalgo P., I. (2005). Estudios del pensamiento martiano (7–15). En *Memorias. Programa profesional XVII Feria Internacional del Libro de La Habana*, La Habana: Editorial de Ciencias Sociales
4. Pérez C., H. (1995). José Martí y la práctica política norteamericana (1881-1889). Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
5. Pérez C., H. (2015). *Sobre los Estados Unidos y otros temas martianos*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
6. Pérez L., M. (2014). *Los estudios martianos en Santiago de Cuba 199–2013*. (Tesis de maestría). Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba